

JOAQUÍN BARAÑAO

Historia Freak
de la Segunda
Guerra Mundial

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO 1 - La trayectoria de un bigotín: El ascenso de Adolf Hitler	13
CAPÍTULO 2 - Cómo tragarse un dragón: La segunda guerra sino-japones.....	19
CAPÍTULO 3 - Sálvese quien pueda: El nazismo al poder.....	25
CAPÍTULO 4 - Mil años, quería el perla: Nace el Tercer Reich.....	37
CAPÍTULO 5 - “Esta sí que es la última anexión, le juro”: Preludios de guerra	43
CAPÍTULO 6 - Blitzkrieg: Cae Polonia.....	53
CAPÍTULO 7 - La muerte blanca: Guerra de invierno	61
CAPÍTULO 8 - El Arco del Triunfo... ¿De quién?: Cae Europa occidental	65
CAPÍTULO 9 - Hostigándole la siesta a Poseidón: La guerra en el mar	81
CAPÍTULO 10 - El zorro deja la ídem: Noráfrica.....	87
CAPÍTULO 11 - León marino volador: La batalla de Inglaterra	93
CAPÍTULO 12 - Küchen para todos: La ocupación	105
CAPÍTULO 13 - La batalla de las neuronas: Estrategias de inteligencia	113
CAPÍTULO 14 - El horror: Los campos de concentración.....	121
CAPÍTULO 15 - Todo es cancha: Grecia y Yugoslavia.....	133
CAPÍTULO 16 - A hacerle compañía a tu puta madre: Operación Barbarroja	137
CAPÍTULO 17 - Napoleón ¿le suena?: Barbarroja se enfría.....	149
CAPÍTULO 18 - “Es que las islas dan claustrofobia”: Japón conquista el Pacífico occidental.....	155
CAPÍTULO 19 - <i>War mode, on</i> : Estados Unidos en sintonía de guerra.....	165

CAPÍTULO 20 - Supernova oriental: La expansión de Japón por el Pacífico.....	175
CAPÍTULO 21 - El zorro domado: broche en Noráfrica.....	187
CAPÍTULO 22 - Liberación del agua: Desenlace de la guerra en el mar.....	193
CAPÍTULO 23 - Contragolpe Pacífico: Freno al avance japonés.....	197
CAPÍTULO 24 - Guerra de ratas: La Batalla de Stalingrado	207
CAPÍTULO 25 - Un oso ya muy mecanizado: La Batalla de Kursk	219
CAPÍTULO 26 - Limpiando la bota desde el talón: La campaña de Italia	225
CAPÍTULO 27 - “Bombardeo de imprecisión”: La campaña aérea	237
CAPÍTULO 28 - Con D de ¡Demonios!: El desembarco de Normandía	245
CAPÍTULO 29 - Su majestad el contragolpe: Operación Bagration.....	259
CAPÍTULO 30 - La próxima cerveza es en Berlín: El Eje retrocede en todos los frentes	263
CAPÍTULO 31 - En camino a mear el Rin: Market Garden y segunda Ardenas.....	271
CAPÍTULO 32 - El <i>Big Crunch</i> : Rumbo a Berlín	279
CAPÍTULO 33 - <i>Via crucis</i> insular: El retroceso de Japón	285
CAPÍTULO 34 - El fin de un bigotín: La muerte de Hitler.....	295
CAPÍTULO 35 - “Había una vez una ciudad llamada Berlín”: Día de la Victoria – Europa.....	309
CAPÍTULO 36 - Set, Aliados: La recuperación del sudeste asiático	317
CAPÍTULO 37 - “Si no te rindes, te rindo”: Japón agota sus recursos.....	323
CAPÍTULO 38 - “Me he convertido en La Muerte, el destructor de mundos”: Día de la Victoria - Asia	333
CAPÍTULO 39 - Mientras no haya tercera: El mundo que nos dejó la guerra	347
AGRADECIMIENTOS	357

Introducción

En 2019, TEDx Atenas invitó al historiador Keith Lowe. Como título de su charla escogió *Por qué debemos dejar de obsesionarnos con la Segunda Guerra Mundial*.

No lo culparé si asume que Lowe pertenece a esa gran sopa de historiadores cuya área de especialización vive bajo perenne eclipse de la taquilla infinita del Armagedón hitleriano. Ya sabe, áreas tales como “autobiografías de viudas de Nottinghamshire del siglo XIII” o “estructura ganadera del Imperio aqueménida temprano”. No lo culparé, pero sí le enderezaré su tren mental. Lowe se dedica a cuerpo entero a la Segunda Guerra. Sus libros son inmersiones en profundidad en el suceso cuya insaciable tracción, en aparente paradoja con su interpelación, le reporta beneficios pecuniarios y reputacionales.

Dispara al comienzo de su intervención en Atenas: “Miles de libros sobre la Segunda Guerra Mundial son publicados cada año. (...). En Occidente, y cada vez más en otras partes del mundo, estamos un poco obsesionados”. La ley de Godwin es otra manifestación de su constatación: a medida que una discusión en Internet se alarga, la probabilidad de que surja una comparación con los nazis o con Hitler se va acercando a uno.

El punto medular de la charla en realidad no es la sobreoferta de contenido. Es cómo nuestra fijación nostálgica origina mitos, sobresimplificados y maniqueos, que dificultan una comprensión veraz de la historia. Pero su provocación inicial exige respuesta, de todos modos. ¿Queda espacio en los anaqueles para un libro como este?

Que nos rodea una marea bibliográfica es incontrovertible. La magnitud del conflicto es tal que se ha convertido en un fractal

histórico: por más zoom que hagas, siempre podrás escudriñar más y más hechos de una envergadura que justifica sobradamente la pena hablar. Puedes hablar de la Segunda Guerra a secas (un exponente ahora mismo en tus manos), o circunscribirte al frente oriental, o, dentro del frente oriental, enfocarte solo en la Operación Barbarroja, o acotarlo todavía más a la Batalla de Moscú, o delimitar tu radio de interés solo a la masiva contraofensiva del 5 de diciembre, o, aún más, a la fascinante biografía de aquel espía soviético en Tokio que la hizo posible (y a quien el embajador alemán toleraba como amante de su esposa a cambio de su pericia en política japonesa). Cada una de estas lonjas prodiga material de sobra para un libro.

En paralelo, el aguacero de libros de curiosidades de la Segunda Guerra tampoco deja de arreciar. Quien carezca del interés (o la voluntad) para procesar las vigas históricas, esas que permiten entender por qué ocurrió lo que ocurrió, siempre podrá optar por el *fast track* de liberación de dopamina y deleitarse solo en los ornamentos.

¿Qué hago aquí, entonces?

Si bien la bibliografía estructural es cuasinfinita y la ornamental abundante en grado sumo, el intento de fusionar ambas en un mismo volumen ofrece aún un espacio que, si bien no diré virgen, no se ha saturado. Los libros estructurales omiten curiosidades porque no son conducentes al objetivo para el cual fueron escritos, y los de curiosidades las presentan sin contexto suficiente para encajarlos en el todo y no cumplen el propósito —porque nunca lo fue, de sobra legítimo— de explicar este pasaje medular del siglo XX. Si mi meta fue cumplida, incorporarás a tu arsenal mental tanto una comprensión digna de la Segunda Guerra como un set de hechos insólitos con potencial para volverte el rockstar de la sobremesa.

Pero este enfoque involucra un dilema. ¿No incurro acaso en una insensibilidad bochornosa al abordar una tragedia de semejante calibre desde la vereda del sarcasmo, la picardía y algún tinte de humor? Porque es, de lejos, la mansaca militar más letal de todos los tiempos. Sumó algo así como 70 millones de muertos en 2.961 días, 24.000 por jornada. Son ocho atentados del 11 de septiembre diarios, o un Boeing 737 MAX 7 estrellado cada 10,5

minutos, durante más de ocho años, de lunes a lunes. Solo la URSS perdió unos 23 millones —215.000 combatiendo por el Eje— y, como allí la melcocha trágica del conflicto se sumó al régimen del terror de Stalin y a las pellejerías sanitarias, un 68% de los varones nacidos en 1923 estaba muerto para 1945¹. Ante tan golpeada demografía, el Kremlin impuso un tributo de 6% por no tener hijos a hombres de entre 25 y 50 años, y a las casadas de entre 20 y 45. China lamentó 15 a 20 millones de muertes, parecido al rango de 15 a 22 millones que suele citarse para la Primera Guerra *en total*, y aun así en Occidente rara vez se habla del holocausto asiático.

Todo esto suma una cantidad de sufrimiento que no somos, ni de cerca, capaces de dimensionar en nuestra insignificante mente mortal. No es que lo subestimemos *mucho*, es que lo subestimamos *en varios órdenes de magnitud*. No estamos cableados para procesar algo así. Venimos equipados con un sistema nervioso hiper sensible al dolor físico y con un kit emocional con capacidad de procesar agonías extremadamente intensas. Imagina el tormento de una esquirla que te arranca una rótula y que te deja postrado en pleno campo de batalla durante horas o días sin anestesia. O el de perder a un hijo. Ahora multiplícalo por mil. Imposible de imaginar, como tampoco un fruto mil veces más dulce que la miel o una luz mil veces más intensa que el Sol. Ahora multiplica esos padecimientos por un millón o por cien millones. Aún no nos acercamos.

Es, además, sufrimiento reciente y aún no extinto del todo. Cuando narras la devastación que Senaquerib liberó sobre Babilonia veintisiete siglos atrás no enfrentas facciones de asirios sensibles al tono ni de babilonios sobrealtos a la elección de adjetivos. Los horrores 1937-1945 aún perviven en sobrevivientes y en descendientes directos.

¿Puede narrarse un trance así en tono de comedia negra?

Se me viene a la cabeza Taika Waititi, hijo de una judía europea y director de *Jojo Rabbit*, aquella desfachatada comedia que persigue sus risas en torno al Holocausto. Ante el riesgo de que el relato degenerara en ofensa, Waititi explicó que su meta era un equilibrio perfecto, “porque si te inclinas demasiado en la dirección del drama, se convierte en tan solo otro drama más sobre

la Segunda Guerra Mundial; en la dirección de la comedia, y es como si se estuvieras trivializando acontecimientos muy trágicos”.

No aspiro a que el equilibrio de estas páginas sea perfecto. Habrá sobre la faz de la tierra lectores para quienes el tono es inadmisible. Aspiro a que en la suma sean más a quienes esto los alejará, aunque sea una pizca, de la comprensión de la guerra como alternativa factible de resolución de conflictos.

La trayectoria de un bigotín: El ascenso de Adolf Hitler

Apagan las luces. Suben el telón. Desenfunda sus palomitas, se apresta a degustar su chorrillonésima película sobre la Segunda Guerra. Y entonces, cortocircuito sonoro:

¡Heil Schicklgruber!

¿Schicklgruber? ¿Quién se podría tomar en serio a *führer* semejante? Es lo que hubiese ocurrido si no es porque Alois Schicklgruber nunca supo quién le aportó su cromosoma Y, y adoptó el apellido de su padrastro, Hiedler. Por qué luego se mal transcribió como Hitler es un arcano que nunca despejaremos.

Una vez casado, Alois contrató como sirvienta a una chica de dieciséis, sobrina de segundo grado, quien devino en su amante. Alois enviudó, y reenviudó, y su sobrina ascendió a esposa mediante una anodina ceremonia celebrada a las 6 a.m., antes del trabajo. Le tomó años dejar de llamarlo “tío”. Tuvieron seis hijos, y al cuarto lo llamaron Adolf.

Desde que era niño Adolf sentía una atracción hipnótica por las armas. A los ocho cantaba en el coro de la iglesia y tanteaba la vida sacerdotal que de él esperaba su madre². De adolescente, privilegió el arte y la educación clásica, pero ahí se le atravesó Alois. Esa bestia que apaleaba a sus hijos, y a su esposa frente a ellos, no iba a tolerar boberías. Envio a Adolf a una escuela secundaria para que emulara sus pasos de burócrata aduanero. Luego de resultados mediocres, desertó a los dieciséis años y partió a buscarse una vida bohemia en Viena, sin planes de estudiar ni de hacer algo significativo en la vida.

Era la tercera ciudad más habitada de Europa —aún no recupera la población de entonces— y en dos millas cuadradas vivían, además del futuro Führer, Trotski, Tito, Freud y Stalin³. Es posible

que los cinco coincidieran en el popular Café Central. Si bien la capital era un imán para la intelectualidad y la alta cultura, lo refinado no quita lo racista. Era una urbe donde “los antisemitas radicales abogaban por castigar las relaciones sexuales entre no judíos y judíos como sodomía, y que ponía a los judíos bajo vigilancia en torno a la Pascua para prevenir el asesinato ritual de niños”⁴. Y eso que la prevalencia de judíos era mucho mayor que la media del Imperio alemán. Viena era además el hábitat de Georg Ritter von Schönerer, político paladín del pangermanismo, cuyos partidarios lo trataban de *führer* y empleaban el saludo *Heil*. Atmósfera y símbolos que se impregnaron en la piel del joven Adolf.

Pintaba acuarelas aceptables de paisajes urbanos y alcanzó a vender algunas. En 2002, un crítico que ignoraba su autoría las evaluó. Si bien no andaban mal, concluyó, los diferentes estilos para dibujar la figura humana reflejaban un profundo desinterés por la gente⁵. La Academia de Bellas Artes lo rechazó dos veces por “falta de aptitud para la pintura” y el director le recomendó estudiar Arquitectura, aunque, claro, era difícil que admitieran a un vago sin secundaria completa. A los veinte años quien se alzaría como el hombre más poderoso de Europa sobrevivía en un albergue para indigentes usufructuando de la caridad de las monjas⁶.

En 1913 recibió parte de la herencia de su padre y migró a Alemania. Se rehusaba a cumplir el servicio militar obligatorio en vista de la insalubre mezcla de razas que coexistían en el Imperio Habsburgo. La policía austriaca tocó la puerta su casa en Múnich y lo arrestó. “Demasiado débil para el servicio armado o auxiliar, incapaz de portar armas. No apto para el servicio”, arrojó el examen médico.

Cuando quedó la grande después del asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria entró como voluntario en el ejército bávaro. El enrolamiento de este extranjero ocurrió casi con seguridad como consecuencia de un error administrativo. Ofició de mensajero y transportó mensajes hacia y desde el frente. Por ahí se hacía el tiempo para pintar y leer las obras de Schopenhauer que llevaba consigo. Dice Ian Kershaw que sus compañeros,

a pesar de lo bien que se llevaban con él, “Adi”, como lo llamaban, les parecía bastante extraño. Se referían a él como “el artista” y les

llamó la atención que, después de mediados de 1915, no recibiera correo ni paquetes (ni siquiera en Navidad), que nunca hablara de su familia ni de sus amigos, que no fumara ni bebiera, que no mostrara ningún interés en ir a burdeles y que se pasara horas sentado en un rincón del refugio, meditando o leyendo.

Su traumática experiencia con los gases podría explicar por qué cuando pudo ordenar el uso de armas químicas en el campo de batalla, no lo hizo. Recibió la Cruz de Hierro por valentía recomendado por su superior judío Hugo Gutmann, pero de ascensos ni hablar. La evaluación fue que carecía de las cualidades de liderazgo que demanda ser sargento⁷. No pasó de cabo.

Terminada la Gran Guerra, este artista frustrado sin título universitario estiró su subsistencia de la teta del ejército. Reconvertido en oficial de inteligencia, en 1919 le encomendaron infiltrarse en el Partido Obrero Alemán. Disfrutaba de los debates y le sedujo la línea antisemita, nacionalista, anticapitalista y antimarxista. Se afilió por órdenes de sus superiores del ejército. Era el 55° militante, pero fue inscrito como el 555° porque empezaron a contar desde el 501 para aparentar volumen.

En el partido hizo buenas migas con el cofundador Dietrich Eckart, miembro de la Sociedad Thule, una organización ocultista abocada al estudio de la raza aria. La ariosofía —sí, esa palabra existe— postulaba que una raza protoaria vivió en Thule, una isla mitológica del extremo norte, la que Platón llamó Atlántida. Eckart detectó en Hitler un poder de oratoria instrumental para avanzar sus ideas y se convirtió en su mentor. Parte del desafío era pulir los modales de este vehemente joven que despotricaba demasiado, a menudo con la boca llena, e introducirlo en la clase alta de Múnich.

Hitler irradiaba carisma en arengas que terminaban con su camisa empapada de sudor. Según sus cálculos, perdía hasta dos kilos y medio en las más largas y, a modo de previsión, sus ayudantes abastecían los proskenios con veinte botellas de agua mineral. Fue en una de esas maratones de la palabra cuando acuñó en forma peyorativa el término *república de Weimar*, hoy universal para ese periodo de la historia alemana.

Lo que había comenzado como una operación encubierta del ejército acabó con su enlace ascendido a jefe de propaganda del organismo que debía infiltrar.

Hitler no se veía aún como el mesías que Alemania necesitaba, sino solo como un instrumento que venía a pavimentarle el camino. “No soy más que un tamborilero y un animador”, decía. En tal rol organizó el mayor mitin del partido hasta ese momento: dos mil personas en una cervecería muniquesa que solían frecuentar Mozart y Lenin. En un ardiente discurso, enunció los veinticinco puntos del manifiesto de la tienda. Entre ellos, expansión territorial, exclusión de los judíos de la ciudadanía, confiscación de las ganancias de guerra y expropiación de tierras sin indemnización para necesidades nacionales. Y, por supuesto, derogación del Tratado de Versalles, que tan gravosas sanciones impuso a Alemania tras la Gran Guerra: desgajó el 13,5 % del territorio y todas las posesiones de ultramar, le prohibió anexionar otros Estados, limitó el tamaño y capacidad de las fuerzas armadas —admitía planeadores pero no aviones, por ejemplo— e impuso reparaciones tan severas —US\$ 540 mil millones de 2026— que recién se saldaron en 2010⁸. Con el tiempo, esos veinticinco puntos se declararían “inalterables”, aunque en los hechos serían ignorados sistemáticamente.

Esta confluencia de afrentas era el caldo de cultivo para la noción del *Lebensraum*, el “espacio vital” que la raza superior requería. Y si para eso había que desplazar a los *Untermenschen*, los “subhumanos”, pues que así sea. Hitler sostenía que es una ley de la naturaleza que las razas superiores deben ser implacables con las inferiores.

Para ampliar el público objetivo, esa misma jornada cambiaron el nombre de la tienda a Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. De ahí la más bien peyorativa abreviatura de *Nationalsozialistische*, nazi. Era una analogía de Sozi, la abreviatura de *Sozialdemokrat*, y funcionaba además como juego de palabras en tanto Nazi era el hipocorístico de Ignatz (“Nachito”), un nombre típico de áreas católicas del sur que en el norte asociaban al estereotipo de campesino simplón.

La elección de la palabra *socialista* no da la idea correcta, pero tampoco era por completo descaminada en esta etapa. Hitler

despreciaba con furia el capitalismo, al que llamaba “la creación de los judíos”. Afirmó que “las necesidades de la sociedad vienen antes que las del individuo” y que:

Somos socialistas, somos enemigos a muerte del sistema económico capitalista actual porque explota al económicamente débil con sus salarios injustos, con su valoración del ser humano de acuerdo con la riqueza y la propiedad (...) y estamos determinados a destruir ese sistema bajo toda circunstancia.

Crearon su propio cuerpo paramilitar, las *Sturmabteilung*, Sección de Asalto, o SA, para los apurados. Debía brindar protección a sus mítines, perturbar los de los demás y luchar contra milicias equivalentes cuando las hubiera. Los distinguía su uniforme café, una elección cero por ciento semiótica y cien por ciento práctica: los compraron a precio de ganga porque estaban destinados a las colonias africanas que se perdieron en la Gran Guerra. Tal color explica que los numerosos socialistas y comunistas afiliados fueran conocidos como los *bistec nazis*: cafés por fuera, rojos por dentro.

Hitler no veía en su creciente fama un motivo para ocultar, o al menos morigerar, sus ideas más radicales. En 1922 declaró:

Una vez que realmente esté en el poder, mi primera y principal tarea será la aniquilación de los judíos. Tan pronto como asuma el poder para hacerlo tendré cadalsos construidos en hileras –en la Marienplatz de Múnich, por ejemplo– tantos como el tráfico lo permita. Entonces, los judíos serán ahorcados de manera indiscriminada y permanecerán colgando hasta que apesten; colgarán tanto como los principios de higiene lo permitan. Tan pronto como sean desatados, el siguiente lote será colgado y así sucesivamente fila abajo, hasta que el último judío de Múnich haya sido exterminado. Otras ciudades seguirán pronto, precisamente de la misma manera, hasta que Alemania haya sido completamente limpiada de judíos⁹.

La mayoría asumía que eran meras bravatas para la galería. *The New York Times* anotó el mismo año:

Varias fuentes confiables y bien informadas confirmaron la idea de que el antisemitismo de Hitler no era tan genuino o violento

como parecía y que simplemente estaba usando propaganda antisemita como cebo para atrapar masas de seguidores y mantenerlos excitados, entusiastas y alineados para el momento en que su organización esté perfeccionada y lo suficientemente poderosa como para ser empleada eficazmente con fines políticos.

No, no eran bravatas. Eran objetivos concretos y empujarlos requería fuerza. Para ello nació, a modo de complemento de élite de las SA, la Schutzstaffel, o “escuadra de protección”. A los candidatos a oficiales se les exigía pruebas de ascendencia aria desde, al menos, 1750 (no pregunte por qué exactamente ese año): 1, 74 metros de estatura, dentadura y visión impecables, y ser solteros. Sus casilleros no tenían cerradura, porque en un grupo así debía primar la confianza. En su punto más alto llegó a sumar 950.000 miembros, de los cuales 550.000 no eran alemanes.

La Schutzstaffel es más conocida como SS, o, con más estilo todavía, como 𐀓𐀔, runas creadas durante un periodo de ceguera por Guido von List, místico y figura consular de la ariosofía. List veneraba a Wotan —el Odín alemán— y sostenía conocer el pasado remoto en virtud de una iluminación clarividente. Las máquinas de escribir alemanas (y algunas extranjeras) a menudo incluían la tecla 𐀓. Los rockeros de Kiss hasta tuvieron que cambiar su logo en varios países por la semejanza gráfica. El logo de SS Cars no era similar, pero la sigla los convenció de cambiar su nombre a Jaguar.

Tras tres jefaturas breves, asumió la dirección de la SS un vendedor de fertilizantes y criador de pollos frustrado de veintiséis años llamado Heinrich Himmler. Nacido en una familia católica conservadora, recurría a los jesuitas como modelo por su obediencia absoluta y su culto a la organización. Hitler alguna vez lo llamó “mi Ignacio de Loyola”.

Aunque sus labores no iban a ser, precisamente, para mayor gloria de Dios.